

sas. Este lago de *Islas Flotantes*, que tanto se nos había recomendado, no vale la pena de ser visitado, sino tal vez por los mineralogistas. Más interesante es el *Ponte Mommolo*, por el cual se atraviesa el Tevere antes de entrar á Roma. Cuatro grandes recuerdos le hacen célebre para siempre: el jóven Mánlio allí conquistó el sobrenombre glorioso de Torcuato en un combate que recuerda el de David contra Goliath; la emperatriz Mamea lo mandó restaurar; Totila lo destruyó, y Narsés lo volvió á levantar.

La noche acababa de sorprendernos y el cielo se vió muy pronto sembrado de estrellas. Nos pusimos á admirarlo y á repetir algunos de los salmos en que el real Profeta describe la magnificencia del firmamento. Yo no sé qué encanto dan la soledad y el silencio del campo romano á aquellos sublimes cánticos; siempre sucede que el alma en esa hora solemne, en medio de aquella calma profunda, siente más vivamente la bella armonía que existe entre la ciudad eterna y el silencioso desierto que la rodea. Para el cristiano, Roma es un templo, y ántes de entrar al templo, es bueno tener que atravesar un cementerio. El ruido del mundo se apaga en medio de las tumbas; las ilusiones desaparecen; graves pensamientos las reemplazan y los pensamientos graves son hermanos de los pensamientos santos, que son los únicos que deben penetrar al templo. ¡Y qué cementerio es el campo romano!

23 DE MARZO.

Iglesia de la Magdalena.—San Camilo de Lelis.—Tinieblas en la capilla Sixtina.—Dificultad de asistir á ellas.—Idea general del oficio.—Pinturas de la capilla.—Canto de los Salmos y de las Lamentaciones.—*Miserere* de Baini, de Bai, de Allegri.—Juicio de Monseñor Wiseman.

Hoy 23 de Marzo, se habían dado cita

dos franceses en la plaza Columna. Se habían reunido á las siete de la mañana y caminaban juntos hácia la iglesia de Santa María Magdalena. ¿Cuál era el objeto de su peregrinación? Ver de cerca los lugares habitados por un héroe de la caridad cristiana, visitar el cuarto donde murió, venerar los objetos que fueron de su uso y tomar en su sepulcro algunos de los sentimientos que le animaron. Estos dos franceses eran el Sr. Vizconde W. . . . y yo. El héroe es San Camilo de Lelis. Sus obras, doble prodigio de misericordia y de caridad, son un beneficio siempre subsistente. Camilo, hijo de un soldado y soldado él también, no tardó en tomar las costumbres poco regulares de los campos. Se hizo jugador, pero jugador apasionado. Fué licenciado despues de la campaña de Túnes en 1574 y no había sacado del servicio militar más que su equipaje: lo jugó; jugó primero su sable, y lo perdió; su mosquete, y lo perdió; su cartuchera, y la perdió; su capote, y lo perdió; su camisa, y la perdió. ¹

Despojado de todo, el nuevo hijo prodigo entró en sí mismo, se convirtió y llevó á la práctica del bien el desinterés sin límites de una grande alma, y la franqueza y lealtad de un soldado. Los pobres de toda especie, pero sobre todo los enfermos fueron su objeto privilegiado, y los lazaretos y el hospital del Espíritu Santo en Roma, su domicilio.

¿Por qué no me permitirá el tiempo contar uno de los dias tan admirablemente empleados del santo hombre? Todo lo que puede hacer el padre más amoroso, digo mal, todo lo que puede inventar la madre más tierna para aliviar, para consolar á su hijo enfermo y ayudarle á santificar sus sufrimientos, todo y aun más hacia Camilo. Aun enfermo y agobiado por los años,

¹ *Vita di San Camilo, etc. dai. P. P. Ciccellini e Dolera*, lib. 1. c. 4. in-4.º Roma, 1837.

se le veía en pié todo el dia y una parte de la noche, pasando de un lecho á otro, y no contando nunca consigo mismo, cuando había un dolor que calmar, una conciencia que tranquilizar.

Esto llegaba al punto de que los enfermos, movidos de compasión hácia aquel venerable anciano, le decían: «Padre, ya no podeis más, vais á caer, reponeros.» Y él les respondía con la sonrisa en los labios: «Hijos míos, soy vuestro servidor, es necesario que cumpla con mi deber.» Para secundarle, fundó la *Congregación de los clérigos, ministros de los enfermos*. Esta admirable familia, animada del espíritu de su jefe, admira todavía hoy al mundo cristiano por su abnegación. Un voto especial los encadena á la cabecera de los atacados de peste.

Tal es el hombre cuyo sepulcro íbamos á venerar. En la iglesia de la Magdalena está una magnífica capilla brillante de mármoles y dorados; una caja de bronce dorado colocada bajo el altar, encierra el cuerpo de San Camilo. Le encontramos rodeado de numerosos fieles y se nos dijo que la concurrencia era habitualmente la misma. El buen padre que nos acompañaba nos hizo notar, á la derecha de la capilla, el crucifijo milagroso que, desprendiendo sus brazos de la cruz, dirigió un dia al santo estas consoladoras palabras: «De qué os afligís, hombre pusilánime? Seguid vuestra empresa, yo seré vuestro apoyo; esta obra no es vuestra sino mía.»

Entramos al convento, llegamos á la extremidad de un largo corredor y delante de nosotros se abrió una pequeña puerta con hojas de abeto; estábamos en la celda del santo fundador. Según la costumbre en Italia, aquella celda es hoy una capilla; en las paredes laterales brillan dos largos cuadros de grande expresión que representan los últimos momentos del santo; en las gradas del altar se ven á

través de vidrios, no pocos objetos que fueron de su uso. Una pequeña ventana colocada en el fondo, ilumina débilmente aquel venerable santuario. Tuve el consuelo de celebrar la misa que me ayudó mi amable compañero de viaje. Despues de una agradable visita al R. P. de Geramb, que habita aquel convento, nos citamos para la plaza de San Pedro.

Á las cuatro de la tarde, las Tinieblas de la capilla Sixtina iban á abrir la serie no interrumpida de las grandes ceremonias que hacen de la Semana Santa en Roma la semana incomparable. En este mundo, todo goce debe ser comprado; el que ambicionábamos lo fué á gran precio. Si mal no me acuerdo, se lee en las *Victorias y Conquistas de los Franceses*, que despues de la batalla de Moskow, decía Napoleon á su ejército: «Soldados, cuando volvais á vuestros hogares os bastará decir: Yo estaba en aquella gran batalla que se dió en las murallas de Moskow, para que os respondan: Hé ahí á un bravo.»

Nosotros no tuvimos el honor de hacer la campaña de Rusia en 1812; no hemos combatido en Moskow, y sin embargo, cada uno de nosotros tiene la pretension de llamarse bravo. Hemos hecho la campaña de San Pedro en 1842; hemos tomado parte en el grande ataque que tuvo lugar en las murallas del Vaticano y cuyo resultado fué la toma por asalto de la capilla Sixtina. Las entradas de la plaza estaban invadidas por diez mil personas armadas de la inquebrantable resolución de penetrar á un local, capaz de contener seiscientos espectadores á lo más. Mientras los soldados del emperador no tuvieron que combatir más que á los rusos, nosotros tuvimos que luchar contra los hijos de la Germania y de Albion coaligados y contra los suizos armados de hierro. No obstante, conseguimos ocupar en la capilla Sixtina un pié cuadrado cada

uno. A las olas de gente pertenece el honor de nuestra entrada, pero á nosotros la gloria de haber guardado el puesto durante tres horas, montados en un baulastrado y obligados á defendernos á la vez contra las borrascas de la multitud enemiga y contra el calor que amenazaba sofocarnos.

Pero ¿qué cosa hay tan maravillosa en esas Tinieblas à que todo el mundo quiere asistir á precio de los más penosos esfuerzos y aun de peligros reales? Para responder es necesario ser cristiano, recogerse y poner el alma en armonía con todo lo que hiera los sentidos. Esta ceremonia traza la grande epopeya en que Dios y el hombre están en lucha; esta capilla es el sublime panorama en donde se desenvuelven los formidables misterios del pasado, del presente y del porvenir, del tiempo y de la eternidad. Esta asamblea es el universo representado por lo que tiene de más augusto; aquellos cánticos son sucesivamente la historia patética de los más inmensos beneficios, el sombrío cuadro de una ingratitud igual y la elegía de un Dios moribundo que muere en una cruz.

Hé aquí desde luego la palabra *Tinieblas* que recuerda aquella noche que envolvió á la naturaleza cuando la gran Víctima espiró en el Calvario, y aquellos días antiguos en que la Iglesia perseguida fué obligada á ocultar sus misterios en las entrañas de la tierra; tinieblas lúgubres, espantosas, que parecen extendidas en todo el oficio, impregnado de dolor y tan justamente caracterizado por aquella hermosa expresión italiana: *Uffizio di lutto e come la rappresentazione dei funerali del Redentore*. «Oficio de luto que es como la representación de los funerales del Redentor.»

Reproduciendo toda la escena en las obras maestras que resplandecen en su bóveda y en sus paredes, la capilla Sixtina muestra á las miradas el principio, el

medio y el fin del drama. En todas partes la gran figura del Hombre-Dios, luz de todas las sombras, realidad de todas las figuras, objeto de todos los oráculos, última palabra de todas las cosas. Levantad los ojos, héle aquí en los Profetas y Patriarcas del Antiguo Testamento, así como en las Sibylas, profetas de la gentilidad, que ha sembrado Miguel Angel en las bóvedas del templo, como la mano de Dios sembró las estrellas en el firmamento. A la izquierda, héle aquí en Moisés, conductor de Israel; también Miguel Angel es el que lo presenta á la vista. A la derecha, héle aquí hecho hombre, recibiendo el bautismo; despues, fundador de la Iglesia, dando à Pedro las llaves todas poderosas que abren y cierran el cielo. Al Perugino se deben las más bellas páginas de esta divina historia.

Miguel Angel y Perugino representan aquí el génio del arte en su más alto poder, personificando el primero la escuela Ombriana y el segundo la escuela Florentina. Aquella, fiel á las tradiciones católicas, parte de Cimabúe y de Giotto; se engrande con el B. Angélico de Fiesole, y como la antorcha próxima á apagarse, así brilla con toda su gloria en la persona de Perugino. Esta, entusiasta por la forma, toma el génio vigoroso de Buonarotti, y del primer bote se eleva á una altura de que nunca ha bajado. Así, por una coincidencia única en los anales del arte, las dos grandes escuelas de pintura han trabajado de concierto en escribir sobre las paredes de la capilla Sixtina la grande epopeya cristiana. Si pues la religion y su historia son el verdadero objeto del arte; si en la religion todo lo que hay de más elevado son los misterios del Hombre-Dios, ¿cómo no sentir todo el interes que inspira un santuario en donde con tantos esfuerzos reunidos, el génio del arte cumple tan poderosamente su divina mision?

Quitad vuestra vista de la bóveda y mirad que en las partes inferiores se desarrolla el drama, se acerca el desenlace, ¡y caed en el Gólgota! El Gólgota es el altar coronado con la gran cruz y rodeado con crespones fúnebres. Pero si la muerte de la Víctima agota el poder de los verdugos, la Víctima misma no se hace sino más viva y más fuerte. Su obra exige que resucite; y el cuadro colocado detrás del altar la representa saliendo radiante de las sombras del sepulcro. Llegamos á los confines del tiempo y de la eternidad; aquí una última escena debe completar todas las demas. El Dios, tratado como rey de teatro y crucificado entre dos ladrones, debe tomar un dia el papel que le conviene; sus verdugos, las naciones rebeldes ó los fieles, el mundo entero, citados en su tribunal, deben darle cuenta de su sangre y de su muerte. Y hé ahí que en el fondo de la capilla se destaca el terrible fresco de Miguel Angel, el *Juicio Final*.

Todo se ha consumado; desde el dia en que el mundo sale de la nada hasta el dia en que el tiempo acaba y comienza la eternidad, el Verbo divino, el Redentor, el alfa y el ómega se ha mostrado bajo el pincel sublime del arte cristiano, llenando con sus misteriosas acciones toda la duracion de las edades. Bajo este inmenso horizonte, el alma engrandecida no ve más que á él, él por todas partes, él siempre, y el corazón conmovido se siente dispuesto á nuevas emociones.

Estas le llegan numerosas y poderosas con el espectáculo de la asamblea. En esta capilla Sixtina, en donde desde hace tres siglos se han sucedido todas las glorias del génio, del poder y de la virtud, el peregrino católico se ve rodeado de hombres ilustres del Oriente y del Occidente, embajadores de la cristiandad que van á llevar como tributo à la gran Víctima, la compasion y las lágrimas del mundo entero. Alrededor

del altar están prosternados los conductores de Israel. Estos ancianos de cabellos blancos, cuya actitud y cuyo vestido expresan el dolor, forman el senado de la Iglesia. A su cabeza se distingue el jefe de la augusta asamblea. Este es el padre de los padres, el representante de los siglos y de las naciones, el que resume en su persona sagrada todos los títulos de gloria divididos entre otros que nadie divide con él: Gran sacerdote, Soberano Pontífice, Jefe de todos los Obispos, Heredero de los Apóstoles, Abel por el primado, Noé por el gobierno, Abraham por el patriarcado, Melquisedech por el sacerdocio, Aaron por la dignidad, Samuel por la prediccion, Pedro por el poder, el Cristo mismo por la uncion sagrada. ¹ El es el que lleva el luto.

Apénas aparece, cuando comienza el canto de los grandes funerales. ¡Qué palabras! ¡Qué poesia! Ya es el Profeta Rey que en su idioma inspirado repite las humillaciones y los sufrimientos del Dios del Calvario, su señor y su hijo. Ya es Jeremías ó más bien la Víctima misma, que tomando la voz profética, única capaz de igualar las lamentaciones á los dolores, cuenta al cielo y á la tierra los complots de sus enemigos, la iniquidad de sus jueces, la crueldad de sus verdugos y termina todas sus quejas con esta oracion tan penetrante que ablandaria una alma de bronce: *Jerusalem, Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum*. «Jerusalen, Jerusalen, conviértete al Señor tu Dios.» Ya es Pablo, en fin, el intérprete más elocuente del cristianismo, el que viene á grabar en rasgos de fuego, sobre la tumba de la Víctima, el sublime epitafio que repite su reinado divino, su sacerdocio inmortal y su milagrosa mision, resumen de todas las figuras, cumplimiento de todas las prome-

¹ San Bernardo, *De Consider ad Eug pap.*, lib. II, c. VIII.

sas, verificación literal de todos los profetas antiguos. De suerte que en las palabras del historiador, así como bajo el pincel del artista, Jesucristo se muestra el alfa y el ómega, el principio, el medio y el fin de todas las cosas. ¿Qué decir ahora del ritmo, del acento, del aire, en fin, con que toda aquella sublime poesía llega á nuestros oídos?

Para los salmos es el canto gregoriano; esto quiere decir la melodía antigua en toda la perfección de su majestuosa sencillez, inimitable lenguaje que la música moderna no ha podido nunca hablar. Es necesario añadir que en ninguna parte se ejecuta este canto con más precisión que en la capilla Sixtina, ni en otra parte obra más eficazmente sobre la piedad de los que lo escuchan. Para las lamentaciones, es sucesivamente el canto figurado de Allegri y el canto gregoriano. Se pensará lo que se quiera de mi expresión, pero diré que al oír las primeras, sobre todo en ciertos pasajes, me parecía que me pasaba una mano por el corazón que desgarraba sus membranas. Queda el *Miserere*, digno por las palabras y por el ritmo, de dar término al lúgubre y solemne oficio. Después de la solemne antifona *Traditur autem*, el Soberano Pontífice deja su mitra blanca y viene á ponerse de rodillas en un reclinatorio al pie del altar. Toda la asamblea se prosterna; luego, cuando el primer maestro de ceremonias ha dado la señal que anuncia que el Santo Padre ha acabado de rezar el *Pater*, se comienza el canto del *Miserere*. Las pinturas de la capilla, los cantos, las palabras, las ceremonias, todo tiende á fijar los sentidos y el espíritu en la gran Víctima del mundo, á concentrar todos los afectos del corazón en sus últimos momentos, haciéndonos testigos de sus angustias y de su muerte. Ahora que el crimen se ha consumado, y consumado por el hombre ingrato, ¿qué falta sino que

el padre común de todos los hombres, el representante del género humano caiga de rodillas, se humille con todo lo que le rodea y que de todas aquellas almas oprimidas por el dolor se escape un largo gemido, un grito prolongado de misericordia? Tal es el sentido del *Miserere* y la razón del lugar que ocupa en el oficio de las Tinieblas.

Los mejores maestros se han ejercitado en poner en música este salmo admirable. En 1533, Luis Dentice, napolitano, publicó un *Miserere* que hizo olvidar todos los demás. Reinó sin rival hasta principios del siglo décimoséptimo, en que fué destronado por el de Allegri que tiene todavía el cetro. Gregorio Allegri, nacido en la ciudad de Fermo en 1587, fué llamado á Roma por el Papa Urbano VIII. Llegó á ser miembro de la capilla Papal y entonces compuso su *Miserere*, cuya música se estimó por tan perfecta que el Soberano Pontífice prohibió bajo penas severas que se le copiase. Se asegura, no obstante, que Mozart lo retuvo en la memoria después de haberlo oído dos veces solamente. En 1714, Tomás Bai, tomándolo por modelo, varió el canto para cada versículo y produjo un *Miserere* casi tan bello como aquel, pero que no es más que una imitación. Por fin, se debe uno muy notable á Baine, director de la capilla Papal. Se ejecuta el miércoles, reservando el de Bai para el jueves y el de Allegri para el viernes.

Para no volver á tomar este punto, diré aquí la impresión que produjeron en mí aquellas diferentes composiciones. Según mi sentir, la música debe de ser para las palabras y no las palabras para la música, de la misma manera que la expresión debe ser para el pensamiento y no el pensamiento para la expresión. Además, creo que todos los grandes sentimientos del alma y el dolor en particu-

lar se traduce en acentos de una enérgica sencillez, poco variados en su cadencia y acabando casi siempre por una desinencia uniforme. En efecto, el alma fuertemente impresionada repite muchas veces la misma cosa, en los mismos términos y en el mismo tono; este es un hecho de experiencia del cual son una prueba diaria el pobre y el enfermo. Según este doble principio, ó por mejor decir, según esta doble disposición, hallé que el *Miserere* de Baine es algo trabajado, aunque los conocedores encuentran en él majestuosos efectos de armonía. La modulación que cambia en cada versículo, deja adivinar el arte y rompe la sublime monotonía del dolor. Quitando, al menos en parte, las *cuálidas* que acabo de señalar, el *Miserere* de Bai es mejor que el coro. La frase lenta y sepulcral se sostiene la misma hasta el fin, sin estallar en sonidos agudos ó quebrados; esta es la expresión uniforme y solemne de un sentimiento único, y no un espejo hecho pedazos que no refleja más que pormenores fraccionados y sin conjunto.

¿Qué diferencia de efecto, cuando el peregrino, de rodillas, á la tenue luz de la silenciosa Sixtina, y cerrando todos sus sentidos menos el del oído, se abandona á los acordes uniformes y siempre dirigidos al mismo objeto, del *Miserere* de Allegri! Monseñor Wiseman, intérprete de todos los que han tenido la felicidad de oír aquella obra inmortal, expresará él mismo nuestras impresiones; ellas no pueden dejar de ganar tomando el lenguaje de un conocedor tan distinguido.

“La melodía de Allegri, dice el docto prelado, no es más que un canto doblemente variado, siendo los versículos alternativamente de cuatro y de cinco partes, hasta que en el final se reúnen las nueve voces en una sola armonía. La nota escrita es sencilla y sin adornos; pero la tradición sostenida por la larga experiencia

de un gusto puro, ha consagrado bellezas que no han sido escritas ni publicadas.

“El versículo comienza por un bello conjunto de un carácter particular, con un ligero *crescendo* hácia el medio; las voces se separan gradualmente para preparar el final. Entónces parecen formar entre sí un rico tejido de armoniosas combinaciones, hasta que todas por modulaciones sucesivas, son elevadas al acorde perfecto por una cadencia suspendida. En la segunda parte del versículo hay un acorde diferente y más rico, después del cual todas las partes se dividen con más gracia que ántes; podría decirse que son cuerdas de plata que se separan y se reúnen alrededor del magnífico y profundo bajo, que durante todas sus modulaciones apenas ha salido de su grave dignidad; y en este momento completan la más sublime armonía, estallando en un *crescendo* final que no tiene nombre en la tierra.

“Después que han ido viniendo los versículos, uno tras otro, á umentar la impresión producida desde los primeros acordes y sin que ningún artificio y ningún adorno haya podido distraer el pensamiento dominante; cuando se ha apoderado la reunión de los dos coros en aquel final tan enérgico y tan armonioso; y cuando el recitado de la oración: “Dignaos Señor tener compasión de Vuestra familia,” se levanta á través de los últimos acentos apenas apagados de aquella seductora composición, el alma permanece bajo el imperio de los sentimientos más tiernos, se siente disgustada de los ruidos vanos de la tierra y solo está aspirando á la morada de la verdadera y perfecta armonía.” 1

No hago más que tartamudear al querer contar la belleza y el poder de este oficio de la Semana Santa; espero, al menos, haber dicho bastante para hacer nacer el deseo de oírlo y de apreciarlo.

1 Cerem. de la Semana Santa, p. 119.